

Encuentro N°7

Matrimonio en Cristo, Reflejos de su Fidelidad y Entrega



Objetivo

Reconocer el sacramento del Matrimonio como la presencia del Dios de la Alianza en nuestro camino de vida, y descubrir la riqueza y misión de esta vocación.

1- Oración inicial¹

2- Contenido²

Significado Religioso del Sacramento del Matrimonio

Muchos cristianos no saben exactamente para qué es el matrimonio por la Iglesia. No entienden bien qué "agrega" al matrimonio civil. Unos piensan que se trata de una bendición: para garantizar que las cosas resulten bien, para que Dios proteja su amor. Otros piensan que lo central consiste en que se promete una fidelidad para siempre, indisoluble, de la cual no hay "marcha atrás" posible. Estas cosas son, sin duda, "ingredientes" del matrimonio cristiano, pero no lo central, lo que a Dios más le interesa. Cuando unos novios se casan por la Iglesia, aunque lo hagan por motivos muy superficiales, **llegan ante el altar porque Dios los ha llamado: para cambiar el significado de su amor, para sumergir ese amor humano en el misterio de su propio amor divino y convertirlo en**

¹ Se sugiere leer el evangelio del domingo próximo, comentarlo brevemente, luego hacer peticiones y/o agradecimientos, para terminar rezando la Pequeña Consagración.

² No leer en voz alta el texto a continuación, sino que los que preparan la reunión, lo exponen en unos 10-15 minutos, en sus ideas centrales. Lo más importante es trabajar las preguntas y luego el compartir.

reflejo suyo.

Matrimonio en Cristo

Todos los cristianos, que hemos conocido al Señor y sabemos cuánto nos amó, tenemos la misión de proclamar su amor. Debemos hacerlo con nuestra palabra, pero, sobre todo, intentando amar como él nos amó: para que los hombres crean en él, al ver su amor reflejado en el nuestro: su amor de hijo, de hermano, de amigo, de pastor o de esposo.

Dentro de esta misión general, los esposos cristianos estamos llamados a dar testimonio de Cristo reflejando en nuestro amor mutuo los rasgos del amor impresionante con que él se entregó a su Iglesia. A eso nos comprometimos mediante el sacramento del matrimonio: a regalarnos el uno al otro no sólo la luz y el calor del propio amor, sino a convertir éste en un signo y reflejo vivo inmenso amor que nos ha demostrado Cristo. Este compromiso tan audaz se apoya en otro que contrae el mismo Señor: a través del sacramento él nos ofrece como ayuda la fuerza de su propio amor.

Llamados a Reflejar la Generosidad de Cristo

La tarea de ser reflejos del Amor que no ha tenido Cristo, supone varios aspectos. En primer lugar, reflejar en nuestra vida matrimonial, la generosidad de Cristo, que lo impulsó a dar a su Iglesia todo lo que él era y tenía. Sin duda, el don más precioso e íntimo de Cristo fue el de su Espíritu. Lo simbolizó en el agua y la sangre que manaron de su costado abierto, y lo entregó a su Iglesia el día de Pentecostés. **Los esposos cristianos se asemejan a Cristo dándose el uno al otro su propio "espíritu" cuando dialogan.** El sacramento del matrimonio refuerza el deber de dialogar, pues cada uno se ha comprometido a ser para el otro un Cristo con el corazón abierto: a compartir con él todo lo que lleva en su interior, sus alegrías, sus penas, sus esperanzas. Es difícil hacerlo; exige mucha generosidad. Pero el mismo sacramento nos ha dado **la fuerza** para ello. Debemos aprovecharla y pedírsela siempre de nuevo al Señor.

En su entrega generosa, **Cristo regaló** a la Iglesia no sólo su Espíritu de amor sino también **su Cuerpo**. Ello le da al acto de la cruz un sentido nupcial. Pero entre uno y otro don del Señor hay una íntima relación. El entrega su Cuerpo como signo de la entrega de su Espíritu: con el costado abierto, para poder regalarnos todo lo que hay dentro de su corazón. En ese momento, Cristo se convierte en modelo de la forma en que los esposos cristianos deben entregarse mutuamente el propio cuerpo a través del acto conyugal: también con el corazón abierto al otro. Buscando no una satisfacción egoísta, sino el poder obsequiar al otro lo más íntimo del propio amor. Realizado así, el acto conyugal se convierte realmente en el acto más noble y santo que los esposos cristianos pueden realizar entre sí, pues les permite reflejar, de un modo inigualado, la entrega de ese Dios que quiso darse a su Iglesia con todo su amor espiritual, pero también con todo su Cuerpo. En su mutua donación, ellos están reviviendo de algún modo lo que Cristo hizo en la cruz y lo que sigue haciendo en la Eucaristía: buscar una comunión de amor que abarque todo lo que la persona es, **lo espiritual y lo físico a la vez.** (Ver FC 13)

Compartirlo Todo

Cristo no sólo nos dio su Espíritu y su Cuerpo sino todo lo que tenía. Compartió con nosotros su Padre, su Madre, su misión. No se reservó nada que no compartiera con su Esposa, la Iglesia. De igual modo, en los hogares cristianos no deberían existir parcelas de "lo mío" o "lo tuyo": todo debería ser el reino de "lo nuestro". El marido no debería hablar de "mis" herramientas. Ni tampoco la señora decir que ésa es la hora de "su" programa de televisión. Todo les ha sido dado para que lo compartan como Cristo con su Iglesia.

Esto, por supuesto, vale en primer lugar respecto de lo más valioso que ambos poseen en común: los hijos. La responsabilidad y la alegría de educarlos y ayudarlos a crecer, serán lo más difícil y lo más hermoso que puedan enfrentar juntos. Evidentemente, pueden repartirse los trabajos concretos pero asumiéndolos como parte de una tarea común. No se puede decir: "yo gano plata y tú educas". Ni tampoco: "yo me encargo de las niñas, pero los hombres son cosa tuya".



Generosidad en lo Pequeño

A veces cuesta menos realizar, de vez en cuando, un gesto heroico que ser permanentemente generoso en las cosas pequeñas de la vida diaria. Si el otro está grave, uno se puede pasar una noche en vela cuidándolo. Pero es más difícil, en una noche cualquiera de invierno, decidir levantarse a cortar una llave que gotea o a entrar la manguera, para evitarle al otro esa molestia. O dejarle el mejor pastel de los que quedan. Sin embargo, una generosidad en lo grande, que no esté acompañada de estos pequeños gestos, no refleja la de Cristo.

"Prometo serte Fiel todos los días de mi vida"

A eso nos prometimos el uno al otro el día en que Dios selló nuestro amor con el Sacramento del Matrimonio. Hemos visto que estamos llamados a reflejar el amor, la entrega generosa de Cristo a través de nuestra vida matrimonial. Asimismo, estamos llamados a reflejar la fidelidad de Dios con nosotros. Es una misión maravillosa pero desafiante, y contamos con la gracia, con la ayuda del Señor que se comprometió a caminar con nosotros en esta vida matrimonial.

¿Qué es la Fidelidad? ¿Por qué ser fieles?

Según el fundador de Schoenstatt, el P Kentenich, la fidelidad es la capacidad de hacer durar el primer amor, con perseverancia y creatividad. No se trata de "resistir" o "aguantar", sino una que exige iniciativa, entrega y disciplina. Se trata de seguir amando a pesar de las dificultades. Es algo que cuesta, que exige lucha. Una lucha que se ve agravada por la mentalidad anti-fidelidad que nos rodea.

El progreso técnico nos lleva a considerar el "cambio" como algo inevitable e indispensable: para ser buenas, las cosas tienen que estar cambiando siempre, ser "último modelo". La falta de diálogo en el matrimonio hace envejecer y las personas se van desgastando. No falta la oportunidad en que surja "otro" u "otra" que comprende más, acoge mejor, que es distinto o distinta. Y cada vez son más los que se preguntan: y si mi pareja está "desgastada", si se acabó el amor, ¿por qué no vamos a reemplazarla por otra nueva, por otra mejor, al igual que cambio el auto o el celular? Por otro lado, conscientes de que el hombre mismo está en permanente cambio interior, muchos dudan de su propia capacidad para comprometerse con un amor "para siempre". Esto lleva a muchos jóvenes a temer al matrimonio.

Sin embargo, los esposos cristianos tenemos importantes motivos para creer en la fidelidad y para luchar por ella. Algunos de estos motivos son de tipo natural, humano. En primer lugar, que **nuestro propio corazón nos dice que un amor sin fidelidad es simple mentira**. Amar es darse entero, también con todo su tiempo. Sólo un amor así puede saciar nuestro corazón. Por eso a ningún enamorado se le ocurriría prometer: "Tuyo por un año y medio". Además, el amor conyugal es inseparable de la familia que de él nace. El sano crecimiento de los hijos y de la sociedad supone la estabilidad de los hogares.

Para nosotros, el principal motivo para la fidelidad es nuestro compromiso sacramental: el hecho de haber prometido —los dos— reflejar en nuestro propio amor el amor de Cristo, el Dios que nos amó con un amor hasta la muerte. (Ver FC 20)

El día de nuestro matrimonio, él nos regaló, a los dos, aquella fuerza que nos permite amarnos como él nos amó. Si nos cuesta ser fieles, es porque no sabemos aprovechar esa fuerza.

La fidelidad cristiana, una virtud activa

Hay quienes piensan que ser fiel es ser pasivo y resignado, que es simplemente "saber aguantar". La fidelidad que nos enseñó Cristo es, por el contrario, una virtud vigorosa y activa. Supone conservar el propio amor joven y fuerte, para ser capaces de reconquistar al otro siempre de nuevo. La fidelidad no consiste tan sólo en "no" cometer adulterio y en "no" divorciarse. Es una lucha diaria por robustecer y hacer más hermoso el propio amor. Lucha que se va librando a través de muchas pequeñas cosas, que capacitan para saber vencer también las grandes cuando se presentan. La fidelidad ciertamente supone tener paciencia y comprensión con los defectos del otro, pero con la firme decisión de ayudar al otro a superarlos. Sabiendo esperar mientras dure ese proceso. Sabiendo escoger las ocasiones y el modo adecuado para corregir, de modo que el otro no se cierre y escuche. Sabiendo infundir al otro confianza en que, con la ayuda de Dios, saldrá adelante (porque para Dios no hay nada imposible). Y, finalmente, sabiendo perdonar mientras llega ese momento de la victoria.



3- Para Trabajar matrimonialmente y en el grupo.

(Que cada matrimonio escoja dos o tres preguntas, las converse, y luego ponen en común lo que estimen conveniente)

- a) ¿Qué sabíamos del sacramento del matrimonio cuando lo recibimos?
¿Y por qué quisimos casarnos por la Iglesia?
- b) ¿Qué cosas nuevas he descubierto ahora sobre el significado de este sacramento? ¿Sabía que me había comprometido a reflejar el amor de Cristo en mi propio amor matrimonial?
- c) ¿En qué cosas siento más difícil reflejar la generosidad de Cristo en cuanto al diálogo? ¿Cuáles son las condiciones para que el acto conyugal sea un acto santo?
- d) ¿Cómo comprendía el P Kentenich la Fidelidad? ¿Qué motivos tengo yo para ser fiel? ¿Qué es lo que más me impacta de la fidelidad de Cristo? ¿Obliga ésta por igual a ambos esposos?

Tomado de: Fe y Vida Matrimonial. Cuadernos de Pastoral Familiar. P. Hernán Alessandri, Ed. Patris.

4- Escoger un Propósito

5- Oración Final

